

M^{re} ENCARNA SANAHUJA YLL

Veinte años+2

Las Primeras Jornades Catalanes de la Dona celebradas en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona en 1976 hicieron cambiar el rumbo de mi vida. Todavía recuerdo la impresión que me produjo ver a tantas mujeres juntas por primera vez. Aunque en otras ocasiones ya me había emocionado el hecho de compartir un espacio con muchas y muchos más en reuniones políticas amplias o manifestaciones, el hecho de sentir la presencia colectiva de mujeres solas fue algo totalmente nuevo e inolvidable. Prácticamente no me moví de allí en tres días, escuché, me identifiqué y discutí sin parar. El caso es que dos meses después de *les Jornades* había abandonado mi partido político y formaba parte del Colectivo Feminista de Barcelona.

No pretendo realizar un análisis histórico de estos 20 años+2 de feminismo catalán. En primer lugar porque mi formación como prehistoriadora hace que veinte años me parezcan un lapso de tiempo muy breve. En segundo lugar, porque sé perfectamente que mis propias vivencias imponen límites. Sin embargo, me gustaría señalar un aspecto de nuestro feminismo que me seduce mucho y, que está empezando a configurarse como específico y que lo distingue, creo, de trayectorias acaecidas en otros países e incluso en otras áreas del estado español. Se trata de la apuesta de un sector importante de mujeres muy diferentes y de ámbitos políticos diversos que, en su práctica feminista, evitan el enfrentamiento sin

que ello implique la ausencia de conflictos y explicitan un verdadero deseo compartido y nuevo de intercambio y relación política.

Las características políticas de la dictadura franquista tuvieron que ver con el hecho de que la mayoría de las mujeres que integraron el movimiento feminista catalán en la década de los setenta militaran o fueran simpatizantes de partidos políticos de izquierdas. Algunas siguieron en los mismos partidos políticos, otras los abandonaron para formar grupos autónomos o incluso partidos políticos compuestos exclusivamente por mujeres, pero, en realidad, el debate entre la única y la doble militancia fue uno de los enfrentamientos punteros durante mucho tiempo.

Así mismo, el aglutinador de las diferencias entre las mujeres de partidos políticos mixtos y las «autónomas o independientes» se fundamentaba en una larga lista de reivindicaciones. Nuestra lucha en la calle, la acción, el proselitismo... todo ello aderezado con una creciente capacidad lúdica y la nueva característica de ser sólo de y para mujeres, nos hacía combativas, fuertes y, sobre todo, más seguras. Y conseguimos, en un espacio de tiempo muy corto, derechos que nos habían sido negados, muchos de los cuales fueron verdaderas ganancias y otros más aparentes que reales.

En consecuencia, nuestro feminismo estaba más ligado a la oposición franquista que al mayo del 68 y la gran mayoría de las mujeres eran de izquierdas. Al contrario que en Francia e Italia, donde preocupaban sobre todo temas tales como la vida cotidiana, el cuerpo femenino o la maternidad, bajo el lema de «lo personal es político», en el estado español el interés se centró especialmente en el ámbito público de la política y se mantenía ligado al movimiento obrero y a la lucha por las libertades.

Con la instauración de la democracia en nuestro país, los partidos minoritarios de izquierda, en cuyas filas militaban una gran parte de feministas, no tuvieron espacio y, más pronto o más tarde, desaparecieron. Pero muchas mujeres de las que los integraron

siguieron en el feminismo, desconcertadas, sin saber muy bien qué hacer, pero con una voluntad clara: no querían abandonar el movimiento de mujeres. Y creo que ésta es la clave para comprender el cambio de rumbo del feminismo barcelonés. Las mujeres de doble militancia, aunque fuera de manera algo forzada, se encontraron divorciadas y, sin olvidar su manera de entender el mundo, fueron abriéndose a aportaciones nuevas, empezaron a intercambiar experiencias con otras mujeres de tendencias diversas que, desde otros ámbitos, habían seguido también reflexionando y haciendo feminismo.

Recuerdo mi lucha en *Font Honrada*, mis reuniones en *l'Assemblea de Dones d'Ensenyament* en el antiguo local de *Ca la Dona* de la Gran Vía. No obstante, fue en noviembre de 1993, en las *Jornades Vint Anys de Feminisme* celebradas en *Les Cotxeres de Sans* cuando noté el cambio que he mencionado. En aquel momento yo formaba parte del *Centre d'Investigació Històrica de la Dona*. Algunas mujeres de *Ca la Dona* me habían invitado a participar en la mesa redonda organizada. En ese reencuentro viví la transformación de la que hablo como una apertura hacia algo; no sabía exactamente lo que era, aunque tenía la sensación de que se trataba de algo muy importante y a lo que yo también deseaba poder contribuir. Este deseo continuó a lo largo de la organización de las jornadas *Vint Anys de Feminisme a Catalunya* celebradas en mayo de 1996. En su preparación, *Ca la Dona*, además de un espacio físico, empezó a convertirse en un espacio simbólico. Mujeres de diferentes enfoques políticos feministas buscaban vínculos entre ellas y no se enfrentaban, probablemente porque compartían, mediante relaciones basadas en la confianza, un mismo deseo profundo de renovación común y compromiso recíproco.

Todo ello ha dado como fruto una nueva práctica: la práctica de la disparidad entre mujeres, política que, de manera consciente o inconsciente, algunas de nosotras ya habíamos ido viviendo por encima de algunos enfrentamientos en el denominado feminismo de la emancipación: en muchas ocasiones, los objetivos se habían convertido en el pretexto para crear vínculos entre mujeres de

tendencias distintas, desde las que pensábamos que la mujer era una clase hasta las que eran más partidarias de grupos de autoconciencia o de la doble militancia. Hoy, esta práctica del intercambio y la disparidad entre mujeres trasciende, en muchos casos, las diversas maneras de entender el feminismo. Y ello significa una nueva forma de relación y de libertad.

Fue precisamente en aquellas *Jornades Vint Anys de Feminisme a Catalunya* de 1996 donde pude ver plasmadas en la práctica aquellas cuestiones teóricas que tanto me fascinaban: el partir de sí, la circulación de la autoridad, el conflicto sin enfrentamiento, la política en primera persona... entre mujeres muy, muy, diversas. Creo que es por ello que hoy, dentro del seno mismo del movimiento feminista en Barcelona, podemos debatir serenamente el final del patriarcado o de un tipo de feminismo que nos ha constituido a muchas y que hoy se ha transformado y no puede representar un lastre o un fardo del que debemos desprendernos. No quiero vivir el feminismo de la emancipación y el pensamiento de la diferencia sexual como la clásica dicotomía binaria. El feminismo ha tomado otra dimensión que la conquista de la igualdad, lo que no impide que podamos ser libres sin olvidar que algunas diferencias sí que son desigualdades. Lo que se lleva dentro no hace falta reivindicarlo. Es cierto: ni reivindicarlo ni simplificarlo ni renunciar a su influencia en el reconocimiento de valor de ser mujeres y estar en el mundo como tales, lo que evidentemente implica que el sexo no puede neutralizarse y que ello requiere repensar y transformar, así como repensarse y transformarse. Quizás en situaciones como la que vivimos, es decir, la de la historia del feminismo en Cataluña, con todas las peculiaridades y connotaciones que he mencionado antes, sea posible generar transformaciones nuevas sin rupturas ni cortes abruptos.